# ANTONIO MACHADO Y EL MARXISMO[1]

«De ser un espectador de la política he pasado bruscamente a ser un actor apasionado. Y el motivo que me ha hecho, a mis años, saltar a este plano ha sido el de la invasión de mi patria», explica Antonio Machado en 1938[2]. Paradójicamente es al final de su vida cuando Machado manifiesta su interés por la política en un momento en que los grandes intelectuales de su generación y de la posterior conjugan, desde el verano de 1931, y sobre todo a partir del otoño de 1934, incomprensión, cansancio, distanciamiento y ensimismamiento[3]. Autodefinido inicialmente como intimista e idealista: «un pobre modernista del año tres»[4], según decía, Machado llegará a ser un agitador presentándose como «un miliciano más con un destino cultural»[5]. Más allá de la evolución de las ideas sobre la política y lo político que emite a lo largo de su vida, es esta última etapa atípica de la trayectoria ideológica y política del poeta que nos interesa ahora.

¿Qué deben la obra, la percepción del mundo de Machado al llamado materialismo dialéctico? Absolutamente nada. Y, sin embargo, Machado habla a menudo de Marx y del marxismo, de Rusia, de Lénin y de Stalin, e incluso lo hace en términos elogiosos. Este es el problema. Aunque encuentra su origen en el debate que había apasionado a los jóvenes intelectuales, tales como Unamuno, Maeztu, Albornoz u Ortega, en la bisagra de los dos siglos y en la polémica que provoca el comentario

---

[1] Esta ponencia estuvo inicialmente dedicada a José Hierro, quien me prestó el primer ejemplar de las *Obras, Poesía y Prosa* de Machado que manejé en mis años estudiantiles. Quiero ahora, al revisar el texto, extender esta dedicatoria a la memoria de Aurora de Albornoz —coeditora de este libro— cuya amistad nunca podrá librarse del signo de don Antonio.

[2] «Antonio Machado, el creador de *Juan de Mairena*, siente y evoca la pasión española, *La Voz de Madrid*, 8.X.1938, *Obras completas*, ed. de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa Calpe, 1989 (de ahora en adelante *O.C.*), t. II, p. 2280.

[3] «Para un estudio de la literatura española», 15 de junio de 1914, *Obras, Poesía y Prosa*, ed. de Aurora de Albornoz et Guillermo de Torre, Buenos Aires, Losada, 1964, (de ahora en adelante *O.P.P.*), p. 712.

[4] «Los trabajos y los días. Por equivocación», *O.P.P.*, p. 799.

[5] «Declaraciones en la Casa de la Cultura de Valencia, noviembre de 1936, *O.C.*II, p. 2171.

de las noticias de la revolución rusa, la crítica machadiana no deja de tener aspectos originales o sorprendentes, puesto que es precisamente mientras Machado refuta el marxismo cuando aumenta su simpatía por Rusia.

Pero lo que podría explicarse por una radicalización frente a la aceleración de la Historia es el fruto de una lenta evolución. Sin incurrir en el error de considerar a Machado como un teórico y todavía menos como un militante político, ¿cómo analizar pues la trayectoria de este poeta quien, por creerse jacobino[6], no fue insensible a la idea de una posible fraternidad, tal como la entreveía en el advenimiento hipotético de un comunismo entendido como una vuelta al cristianismo primitivo?

Este deseo de vencer la soledad, de favorecer la comunicación social[7] y de ver manifestarse una nueva sensibilidad colectiva dista mucho de la concepción materialista de Marx. No obstante, Machado emprende una reflexión sobre la Historia, el progreso, la revolución, el reformismo y el socialismo[8], que, unida a una visión mítica de Rusia y de la revolución rusa, le permite, a pesar de su desconocimiento y de su refutación del marxismo, proponer de éste una reinterpretación humanista a la luz del tolstoismo social.

## Revolución y tradición

Machado entiende que la Primera Guerra mundial ha cambiado tanto las mentalidades como el curso de la Historia. Esta reflexión le conduce a la formulación radical del prólogo a la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas,* es decir en 1919, tras el fracaso del gabinete de unión presidido por Maura:

> «Los defensores de una economía social definitivamente rota seguirán echando sus viejas cuentas y soñarán con toda suerte de restauración; les conviene ignorar que la vida no se restaura ni se compone como los productos de la industria humana sino que se renueva o perece».

El poeta le dará vueltas a esta idea de ruptura hipotética a lo largo de su vida. «Rota la continuidad de nuestra historia sólo cabe saltar hacia el mañana» dirá de nuevo al presentar, el 14 de febrero de 1931, a Ortega y Gasset, a Marañón y a Pérez de Ayala en el primer mitin de la «Agrupación al servicio de la República» en Segovia. Por fin es la posibilidad de una verdadera revolución cultural la que contempla el poeta durante la Guerra Civil. Pero no se trata ya de «formar —como

---

[6] Véase su famoso autorretrato, «Retrato», *Campos de Castilla, O.P.P.,* p. 125.

[7] «Es evidente que cualquier posición filosófica —sensualista o racionalista que ponga en duda la existencia real del mundo externo convierte *eo ipso* en problemática la de nuestro prójimo», *Juan de Mairena,* XXXVIII, *O.P.P.,* p. 749.

[8] Véase, Paul Aubert, «Antonio Machado entre l'utopie et l'épopée», *Mélanges de la Casa de Velázquez,* Madrid-París, 1991, p. 5-51.

lo escribía en 1913 a Manuel García Morente— un número poderoso capaz de asaltar el pescante antes de que el coche se estrelle en el camino»[9] sino de cristalizar en plena guerra nuevas energías. Capacidad que no había encontrado a lo largo de los años anteriores en el reformismo ni en el socialismo nacionales[10].

Reprocha sobre todo a los reformistas el haber traicionado el ideal republicano y postergado, por su colaboración objetiva con el régimen, una revolución ineludible. La visita de Azcárate, Cossío y Ramón y Cajal a Palacio, en 1913, acrecienta el desprecio de Machado por el reformismo, a pesar de su propia adhesión a la Liga de Educación Política, sobre unas bases —cabe recordarlo— muy imprecisas[11].

Si la mayoría de los intelectuales fueron atraídos en su juventud por el socialismo que encarnaba a sus ojos el progreso (Unamuno, Maeztu, Ortega, Albornoz, etc.) o se adhirieron al PSOE entre 1912 y 1919 (Besteiro, Araquistain, De los Ríos) es decir cuando el XI Congreso[12] o después de la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, Machado, tan alejado de la capital como de los debates doctrinales, sólo tiene con esta ideología relaciones sentimentales. Sin embargo, las concepciones expresadas por el Machado maduro, aunque no están libres de ciertas expresiones arbitrarias de Baroja o de Unamuno, no difieren de las del joven Ortega que proclamaba la santidad de Pablo Iglesias[13] y no son indiferentes a las formulaciones paradójicas de Unamuno acerca de la oposición entre el progreso material y el progreso espiritual, entre el progreso económico y el progreso social.

Machado se acuerda con emoción de Pablo Iglesias[14], gusta de recordar que Besteiro fue condiscípulo suyo en la Institución Libre de Enseñanza[15], y frecuenta al concejal socialista madrileño Mariano García Cortés en la tertulia del café Varela en los años de la República. Pero no asiste a los congresos del PSOE ni colabora a los números del 1.º de mayo de *El Socialista* ni a «la Escuela Nueva» como muchos intelectuales de su tiempo. Se contenta con seguir con interés la evolución o las variaciones ideológicas de Unamuno y de Ortega.

A partir de la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, critica duramente

---

[9] *O.C.*, t. II, p. 1546.

[10] Véase P. Aubert, «Antonio Machado y la política», *Machado, hoy,* Actas del Coloquio internacional organizado en la Casa de Velázquez, por la Casa de Velázquez y la Fundación Antonio Machado, 11-13 de mayo de 1989, P. Aubert ed., Casa de Velázquez-Fundación Antonio Machado, en prensa.

[11] *O.C.*, t. II, pp. 1545-1546.

[12] A partir de esta fecha es patente el acercamiento de muchos intelectuales al P.S.O.E. después de la ruptura de algunos de sus mayores tales como Jaime Vera o Miguel de Unamuno durante los años anteriores. Es sin duda una consecuencia de la constitución de la Conjunción republicano-socialista. Además de Jaime Vera, quien recobra dentro del partido su papel de teórico, y los nombres ya citados, otros intelectuales más jóvenes, tales como Manuel Núñez de Arenas, Andrés Ovejero, Fabra Rivas, Oscar Pérez Solís, Manuel García Cortés, entre otros, participan en los debates del XI Congreso en 1912 (*El Socialista,* 4.X.1912).

[13] «Pablo Iglesias», *El Imparcial*, 13.V.1910; *O.C.*, Madrid, Alianza, 1983, t. 10, p. 140.

[14] «Desde el mirador de la guerra. Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias», *O.P.P.*, pp. 638-639.

[15] «Antonio Machado, el creador de *Juan de Mairena*, siente y evoca la pasión española», art. cit., *O.C.*, t. II, p. 2277.

a los socialistas y formula una concepción de la revolución todavía más radical, aunque también mucho más genérica, que la de los militantes socialistas a quienes reprocha su pusilanimidad y su falta de sentido político. «Nuestros políticos de izquierda (...) han contribuido, con su abyección y cobardía, al desprestigio y al encanallamiento de las Juntas de Defensa» [16], comprueba.

De hecho, desde 1915, Machado enfoca a su manera la problemática revolucionaria dándose cuenta no sólo de que las dos Españas coexisten sino también de que nacen una de otra, de tal modo que la renovación no puede venir, a su parecer, desde fuera ni por la acción de cualquier élite, sino de fuerzas sociales más jóvenes que hayan asimilado lo mejor del pasado 17.

Ahora bien, Machado razona de la misma manera a propósito de Rusia cuando sugiere que la Rusia de ayer fecundará a la Rusia marxista de hoy que volverá a ser la Rusia eterna.

## Una visión mítica de Rusia y de la Revolución rusa

Si la Primera Guerra mundial simboliza el fracaso del socialismo, la Revolución rusa dista mucho de representar su triunfo, pero da a los intelectuales españoles otro motivo de reflexión. Aunque ven luego qué eco podían suscitar estos acontecimientos en el proletariado español, su primera reacción es una reacción de incomprensión. La confusión que, según los corresponsales de prensa, reinaba en Rusia prohibía cualquier juicio de valor e imposibilitaba cualquier toma de posición. Hasta el punto de que la revista *España*, por ejemplo, titulaba una de sus crónicas «El caos ruso». Sólo algunos anarcosindicalistas como Manuel Buenacasa —Angel Pestaña era mucho más prudente— llegaron a afirmar que alguna esperanza estaba naciendo en Rusia. Algunos años más tarde los anarquistas tratarán de explicar las huelgas rurales de Andalucía a la luz de la Revolución rusa, mientras liberales y socialistas ironizaban sobre la realidad del «fantasma bolchevique». Pero pronto el terrorismo barcelonés distrajo la atención y el llamado trienio bolchevique dejó de preocupar a los periodistas.

Sin embargo, la revolución rusa fue sin duda —como para otros intelectuales de su tiempo tales como André Gide, Bertrand Russell, Fernando de los Ríos [18] o César Vallejo [19] etc.— uno de los acontecimientos históricos que más impresionó a Machado y sobre el que no dejó de reflexionar a lo largo de su vida a pesar de su perplejidad inicial. Quizá podamos hacernos una idea de ésta a través de las reacciones de Unamuno, quien publica el 8 de noviembre de 1919, en *El Mercantil Valenciano*, un

---

[16] *Los Complementarios*, ed. de Domingo Yndurain, Madrid, Taurus, 1971, p. 83.

[17] Véase Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española*, Madrid, Tecnos, 1970, pp. 19 y 142.

[18] *Mi viaje a la Rusia sovietista* (1.º ed., Madrid, Calpe, 1921), Madrid, Alianza, 1970, 254 págs.

[19] *Rusia en 1931. Reflexiones al pie del Kremlin*, Madrid, ed. Ulises, 1931, 268 págs.

artículo titulado «Sobre el lío de Rusia», y sobre todo leyendo el testimonio de su hermano Manuel quien apunta en su diario, el 27 de junio de 1918:

> «[...] Ahora que la política de todos los países parece tender hacia una socialismo de Estado, teniendo por dios la "Eficacia" y vemos exaltarse, al par, al sentido de las nacionalidades... la revolución rusa y su aparente anarquía es generalmente considerada como un tremendo fracaso del gran pueblo y aun de la raza eslava. Pero, ¿sabemos algo en realidad de la revolución rusa? ¿Tenemos siquiera una noción clara del sin número de ideas, de sentimientos, de conceptos nuevos de la vida que hierven en aquella inmensa hoguera?»[20],

antes de insistir, en 1921, sobre la inintegibilidad de la política nacional e internacional, y sobre el «caos bolchevique», en el que veía un ejemplo de la locura y de la incertidumbre de los tiempos[21].

Al carecer de más amplias informaciones Antonio Machado alude primero a la Revolución bajo la forma irónica de una copla que sólo pretende asustar a los burgueses, idealizando la victoria de los Soviets de la lejana Rusia en aquella España que conoció la represión de los movimientos políticos y sociales del verano de 1917 y luego la de la agitación rural entre 1918 y 1920.

> «Y los bolcheviques
> (sobran rejas y tabiques)
> di, madre, ¿cuándo vendrán?
> —Si te oye Don Lino,
> ¡válgame la Trinidad![22].

Los bolcheviques serán así el Coco de más de un niño español[23] después de haber

---

[20] *Día por día de mi calendario. Memorándum de la vida española en 1918,* ed. de José Luis Ortiz de Lanzagorta, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1974, p. 218.

[21] «Si no fuera por parecer nosotros mismos los locos diríamos que aquí todo el mundo está orate y que el sentido común español es una pura demencia; Cuando oímos un discurso político cualquiera no podemos menos de reconocer generalmente que está lleno de lugares comunes.

Lo perfectamente inexplicable es el apelativo de «conservador» aplicado a ningún partido del mundo en las circunstancias presentes. En estos momentos de inquietud universal, en estos días caóticos, de descomposición y germinación simultánea, en esta hora absolutamente crítica, cabe, en efecto, pensar en todo: en adelantar, en retroceder, en echarse a un lado, en todo, en fin, menos en «conservar» una situación semejante; «Conservadores ¿de qué? ¿Del imperialismo fracasado? ¿Del caos bolchevique? ¿De la inquietud social y económica que en la actualidad angustia y obsesiona al orbe entero civilizado». («Intenciones». ¡Y cómo si lo entiendo!», *La Libertad,* 8.VIII.1921).

[22] «Apuntes y canciones», *O.P.P.,* p. 749.

[23] Jesús Izcaray recuerda: «En casa, los huéspedes de tía Carola —y no digamos nada de Tío Alberto cuando hacía la plaza de Madrid— contaban horrores de aquellos hombres lejanos y terribles. Que si degollaban a la gente en masa, que si incendiaban ciudades y pueblos, que si se comían a los niños. [...] Cada vez que oía mentar a los bolcheviques, yo me echaba a temblar.

sido quizá el modelo del proletariado rural andaluz, en su lucha por la posesión de la tierra, e indudablemente el terror de la burguesía.

Machado está convencido, sin embargo, del fracaso de la Revolución rusa no sólo porque, a su parecer, Rusia (cuida siempre de no hablar de la URSS hasta la Guerra civil) tras una opresión zarista tan larga, carece de un sistema de pensamiento, sino también porque duda de que pueda asimilar el pensamiento de un alemán.

> «Falta hoy a Rusia metafísica propia, y una de las causas del fracaso de su gran revolución acaso sea el desmedido tributo que las mentalidades directoras de Rusia rinden necesariamente al pensamiento alemán, al determinismo económico de Carlos Marx»[24].

La lectura de la prensa que veía en los acontecimientos rusos la expresión de unos instintos primarios matizados por el tolstoismo, explica también la peculiar visión de Machado. Muchos años después de 1917 se describe todavía a Rusia como una nación hambrienta. Maeztu, en particular, habla, en 1924, del fracaso de su revolución como «triple negación del capitalismo, del orden y de la civilización occidental, con lo que nadie ha de extrañarse si ha resultado ser un hacinamiento de hambres y pestes, muertes y desórdenes, atraso y miseria, esclavitud y licencia»[25]. Y Benavente evoca, todavía en 1930, el sacrificio de todo un pueblo, que tuvo que aceptar la miseria y el hambre, antes de concluir que la revolución espiritual es más importante que cualquier revolución material[26]. De hecho Machado no va más lejos, se contenta con recordar este ideal, compuesto de visiones míticas y de representaciones estereotipadas, sin aludir nunca a la realidad soviética. Sólo gusta de recordar que participó años atrás en Segovia en una colecta a favor de los niños rusos[27].

Por otra parte el famoso testimonio de Fernando de los Ríos que termina con una evocación del genio nacional ruso, y la certidumbre, según decía, de que «el potente ideal ruso hace esperar que este pueblo sabrá deshacerse más o menos prontamente del peso muerto que hay en su Revolución»[28] sólo podía confirmar este punto de vista. No obstante, a Machado le parece útil recordar que, a pesar de

---

Habiéndolo advertido, las últimas incontables sacaban partido de ello. Cuando cogía una perra por algo o me ponía demasiado turbulento, me pegaba el grito: —¡Qué vienen los bolcheviques! Y yo buscaba un rincón donde esconderme y me apaciguaba». (*Un muchacho en la Puerta del Sol,* La Habana, ed. Huracán, 1975, p. 77).

[24] *O.P.P.,* p. 815.

[25] «Pareceres. Crítica negativa», *El Sol,* 8.VII.1924.

[26] «La política y los intelectuales, IV, *ABC,* 3.X.1930.

«Si algo grande, si algo admirable hay en la revolución rusa es la sublimidad heroica del sacrificio de todo un pueblo que acepta la miseria, el hambre, la tiranía, puesta la fe en un porvenir muy lejano; fe ciega, que ni siquiera puede definirse como en Teología: «Esperanza de cosa cierta», porque nada más incierto que la seguridad de un bienestar para el proletariado, que todavía no alcanza a vislumbrarse. [...] No son revoluciones materiales de lo que estamos necesitados. Basta ya de materialismo. Revolución espiritual, sí, en todos los órdenes de la vida».

[27] «Carta a David Vigodsky», abril de 1937, *O.P.P.,* p. 670.

[28] *Mi viaje a la Rusia sovietista,* op. cit., p. 244.

su enorme retraso político y social, Rusia es heredera de la civilización helenocristiana. «Su literatura nos revela cuán profundamente ha penetrado el Evangelio en el alma rusa»[29]. Este substrato ideológico que Rusia comparte con España tendría que acercar a los dos pueblos, a pesar de la pesadez de los aparatos de sus respectivas iglesias[30], según el poeta.

A partir de los años veinte Rusia se ha puesto de moda. Simpatizantes y adversarios se enfrentan en sus órganos respectivos, sea para juzgar retrospectivamente la obra de Lénin, sea para comentar la política de Stalin. Se publican numerosos artículos y numerosos libros de viaje al país de los soviets, hasta los años treinta en que se hace el primer balance de la nueva política económica, y sobre todo en 1934 cuando ciertos socialistas españoles están meditando sobre la toma del poder por el proletariado y luego sobre la insurrección asturiana. Sus autores son militantes socialistas[31], hombres de derechas[32] o meros curiosos[33]. Sólo la revista *España* dedica dos números especiales y más de ciento cuarenta artículos a la URSS entre 1917 y 1924[34] (cincuenta y dos sólo en el año 1920), la *Revista de Occidente,* veintitrés, entre 1925 y 1932. En este contexto Machado redacta en 1922 su primer texto sobre Rusia, titulado «Sobre literatura rusa». En junio de 1933, Rafael Alberti publica la revista *Octubre,* cuyo referente era explícito, en un clima de interés por la Unión Soviética, cuando el gobierno de Madrid ha entablado negociaciones para reconocer a la URSS; cuando acaba de crearse, en abril, «la Asociación de amigos de la Unión Soviética», que organiza conferencias y exposiciones sobre la URSS en toda España; y cuando la toma del Poder por Hitler incita a Unamuno, a Jiménez de Asúa, a Marañón y a Recasens Siches a firmar el manifesto del 11 de junio de 1933, llamando a la formación de un «Comité de intelectuales conscientes» para ayudar a «las víctimas del terror nazi».

Antonio Machado escribe entonces para el número de abril de 1934 de la revista *Octubre,* un texto dedicado a Rafael Alberti, titulado, a la gran sorpresa de este, «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia»[35]. La concepción que tenía del alma rusa y de la misión histórica del pueblo ruso no ha cambiado.

> «Esta lírica comunista, de comunidad humana o de comunión cordial entre los hombres, parecía latente en la literatura rusa prerrevolucionaria, de inspiración evangélica. Porque lo ruso, lo específicamente ruso, era la interpretación exacta del sentido fraternal del cristianismo, que es, a su vez, lo específicamente cristiano».

---

[29] «Sobre literatura rusa», *O.P.P.*, p. 817.

[30] «Rusia y España se encontrarán un día como dos pueblos hondamente cristianos, cuando los dos sacudan el yugo de la iglesia que los separa». («Carta a David Vigodsky», *cit.*).

[31] Como Fernando de los Ríos, Isidoro Acevedo, Julio Alvarez del Vayo, Rodolfo Llopis, Julián Zugazagoitia o Margarita Nelken.

[32] García Sanchiz, Luis Hoyos Gascón o Eloy Montero.

[33] Como Diego Hidalgo.

[34] Los números 113 del 22 de marzo de 1917 y 249 del 7 de febrero de 1920.

[35] «Sobre una lírica comunista, que pudiera venir de Rusia», *O.P.P.*, p. 859.

En realidad, más allá de una posible analogía histórica e ideológica entre los pueblos español y ruso, Machado confiesa, en 1937, haber buscado ante todo una confirmación de la idea que se había forjado del alma rusa leyendo a Dostoievski y a Tolstoi[36]. Gracias a ellos es cómo descubre a Rusia, comprobando, en 1922, hasta qué punto el Evangelio impregnó el alma rusa. Y luego ésta le interesa como poeta, al reflexionar sobre la oportunidad de un arte comunista de inspiración cristiana «que nos permita cantar en coro animados de un mismo sentir»[37]. Esta tradición cordial, lírica de inspiración evangélica que le parece latente en la literatura rusa explica la preferencia del poeta por la Iglesia oriental. Indudablemente, para él, es Moscú la que simboliza el cristianismo verdadero.

> «El ruso, genuinamente cristiano, creía en la fraternidad humana, emancipada de los vínculos de la sangre. El corazón del hombre era para él la moneda fraterna, que por esencia no puede cantar sola, ni bastarse a sí misma, ni afirmarse sin afirmar a su prójimo. El espíritu romano era su antagonista. Sobre la mezcla híbrida de intelectualismo pagano y orgullo patricio erige Roma su baluarte contra el espíritu evangélico. Moscú era un alma; Roma, como siempre, un poder, que había tomado del Cristo lo imprescindible para defenderse de él»[38].

Podía encontrar la misma visión de la Rusia eterna en las conclusiones del politólogo granadino Fernando de los Ríos quien gustaba de repetir —después de haber sido chocado por la respuesta que inesperadamente le había espetado Lénin: «Libertad, ¿para qué?»[39] —que la igualdad no puede alcanzarse sino por el camino de la libertad y concluía glosando el ensayo de Dostoievski *La concepción utópica de la Historia*, para recordar que la misión del pueblo ruso era demostrar que era un pueblo electo contribuyendo a la fraternidad entre los hombres.

> «¡El reino de Cristo mediante el derecho! Esto es, mediante la fraternidad: he ahí el lenguaje de la lírica y de la Revolución»[40].

Eso explica el que Machado se crea autorizado, de ahora en adelante, a hablar del socialismo. Pero lo hace concretamente sólo después de la Revolución rusa, desconociendo profundamente la realidad[41], a la luz de un debate apasionado sobre la

---

[36] «Sobre la Rusia actual», *Hora de España*, IX, Septiembre 1937, pp. 5-11; *O.P.P.*, p. 665. Véase Jack Weiner, «Machado's concept of Rusia», *Hispania*, XLIX (1-2), 1966, pp. 31-36.

[37] «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia», art. cit.

[38] *Ibídem*, p. 860.

[39] *Mi viaje a la Rusia soviética, op. cit.*, p. 98.

[40] *Ibídem*, p. 236.

[41] Machado estará luego en contacto con algunos escritores soviéticos tales como Ilya Ehremburg —que Rafael Alberti le presentó algún día en la tertulia del café Varela (*Imagen primera de...*, Buenos Aires, Losada, 1945, p. 51)— David Vigodsky o Mikhail Loltsov quien describe los últimos días del poeta en Madrid en 1936 (*Ispanskii Denvnik*, Moscú, 1958 p. 305).

esencia socialista del bolchevismo y sobre el hecho de saber si tal experiencia es importable o no[42], y basándose en un testimonio que parece confirmar su propia visión.

## Desconocimiento y refutación del marxismo

Antonio Machado es indubitablemente el fruto de una burguesía liberal que había encontrado en el krausismo un ideal que le permitiera conciliar su deseo de renovación con la defensa de sus intereses. No encontramos en él como en Unamuno ninguna huella de una educación religiosa estricta. Machado tiene, no obstante, como la mayoría de los intelectuales de su tiempo, un conocimiento muy superficial del marxismo. La refutación que hace de él no es sólo el resultado de un razonamiento apresurado o de un movimiento de mal humor, es sobre todo la consecuencia de una evolución histórica e ideológica propia a la España del siglo XIX. Sin querer insistir ahora sobre las circunstancias particulares que explican la introducción tardía del marxismo en la península[43], podemos recordar que, a causa del olvido de la filosofía de Hegel en beneficio de la de Krause, los pensadores españoles no estuvieron preparados a la recepción del pensamiento de Marx y les interesaron otros socialismos «no científicos» tales como los de Proudhon o Bakunin. Por otra parte, el krausismo tuvo la ventaja de conciliar los impulsos renovadores de la burguesía liberal progresista —que identificaba sus propias necesidades con las necesidades generales

---

[42] «En la intensa vibración actual de las pasiones públicas se nota cada vez más una especie de polarización de los entusiasmos, que tienden a agruparse en dos puntos opuestos: el bolchevismo y el antibolchevismo. Sin embargo, no parece probable que los antibolcheviques y los bolcheviques de nuestras tierras sepan claramente lo que el bolchevismo es», apuntaba entonces Julián Besteiro («Bolchevismo», *El Socialista*, 1.V.1919). Machado comprobará más tarde que los antimarxistas tampoco habían leído a Marx: «Pero hoy lo fuerte es el bloque antimarxista integrado por muchos millones de hombres que no han leído a Marx» («Apuntes inéditos», años 1933-34, *O.C.*, t. II, p. 2147).

[43] Emigración liberal de 1823-1834, inconsistencia de la burguesía naciente, industrialización tardía y por consiguiente toma de conciencia también tardía del proletariado, ausencia de representante español en la Internacional, *Manifiesto Comunista* no redactado en español y desconocido por esta razón hasta 1872, año de la primera traducción por José Mesa, publicada en *La Emancipación*, probablemente según una versión francesa que apareció en *Le Socialiste* de New-York (Juan José Morato, «Los redentores del obrero: España y el Manifiesto Comunista», *La Libertad*, Madrid, 3.IX.1929), represión del movimiento obrero y por consiguiente clandestinidad de las tendencias socialistas y colectivistas entre 1874 y 1879 etc. (Véase Santiago Castillo, «De *El Socialista* a *El Capital*. Las publicaciones socialistas (1886-1900)», *Negaciones*, Madrid, n.º 5, primavera de 1978, pp. 41-66; Jacques Maurice, «Sur la pénétration du marxisme en Espagne», *Hommage des Hispanistes français à Nöel Salomon*, Barcelona, ed. Laia, 1979, pp. 589-598; así como en *Estudios de Historia social*, n.os 8-9, enero-junio 1979, los artículos de: Eric J. Hobsbawm, «La difusión del marxismo entre 1890 y 1905; Jacques Maurice, «Sobre la penetración del marxismo en España»; Michel Ralle, «Acción y utopía en la Primera Internacional española», etc.; y también Pedro Ribas, *La introducción del marxismo en España* (1869-1939), *Ensayo bibliográfico*, Madrid, ed. de la Torre, 1981, 231 págs.

del país— con la defensa de un régimen socio-económico basado en la propiedad privada.

Por consiguiente, los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza, seducidos por el neo-kantismo de Marburgo y dispuestos, tanto como sus mayores, a las grandes síntesis —puesto que habían pasado de Kant a Marx olvidando a Hegel, y porque se movían entre el idealismo y el materialismo, menoscabando la dialéctica que hubiera podido permitirles superar tal dualismo— no tuvieron más que un conocimiento superficial del marxismo. Es evidente que muy pocos (con la excepción de algunos universitarios escrupulosos como Adolfo Posada o ciertos militantes socialistas tales como Núñez de Arenas o Besteiro y de los Ríos) habían leído a Marx cuyo manifiesto nunca se difundió correctamente en España[44]. Los que hablaron de Marx y del marxismo en España se contentaron con reproducir o glosar las mismas definiciones globales y las interpretaciones de los comentadores de Marx y autores de la vulgata marxista, Paul Lafargue y sobre todo Jules Guesde.

Cuando sabemos, por su correspondencia y las anotaciones del volumen conservado en su biblioteca[45], que Unamuno leyó al menos el primer tomo de la edición alemana de *El Capital,* y que se le ocurre comentar a veces el *Manifiesto*[46], está claro que Machado se contenta con adoptar las ideas de éste.

Se publicó, en 1922, en Segovia, cuando enseñaba allí Machado, una traducción del libro de Lénin, *El capitalismo de Estado*, hecha por Juan Andrade, sin que se enterara el poeta quien no duda en adornar sus propios comentarios de Lénin con estas palabras reveladoras de un contacto mediatizado: «Cuando se lee lo que nos cuentan de Lénin...»[47].

Cabe pensar que tampoco Machado leyó a Marx a quien no cita nunca directamente, valiéndose siempre de las mismas definiciones globales o tautológicas.

## Una vuelta al Antiguo Testamento

Machado da del marxismo dos definiciones abstractas y complementarias. Este es, a su parecer, una interpretación judaíca de la Historia, y una vuelta al cinismo, es decir al Antiguo Testamento.

Es preciso, sin embargo, situar esta definición en su contexto histórico y literario, y considerar el momento en que se elaboró así como el lugar que ocupa en

[44] Juan José Morato afirma en 1929 que se vendieron en España, entre 1872 et 1929, menos de 40.000 ejemplares incluyendo los folletones publicados por *La Emancipación*(noviembre-diciembre 1872), *El Socialista* (1886, n.º 14 à 22; se publicó este año por primera vez bajo la forma de fascículo) y *El Trabajo* (1912-1913, en una traducción de la versión francesa de Andler hecha por García Quejido, J.J. Morato y terminada por López Baeza.

[45] Véase Pedro Ribas, introducción a Miguel de Unamuno, *Escritos Socialistas,* Madrid, Ayuso, 1976, p. 33, n. 71.

[46] Véase, por ejemplo, «La idea revolucionaria», *La Nación,* Buenos Aires, 25.VI.1919; *O.C.* (Escelicer), t. IX, pp. 1585-1588.

[47] Art. cit.

los escritos de su autor, puesto que sería absurdo esperar de Machado que reaccione como un militante político.

Es evidente que Machado, quien no quiso nunca elaborar un sistema filosófico, no pretende hacer una crítica del marxismo sino primero comentar la actualidad cotidiana y dar su opinión sobre otros movimientos de ideas, tales como el pragmatismo norteamericano o costumbres como el *fair play* británico, y segundo contestar las preguntas de los periodistas. Se trata, como en toda la obra en prosa de Machado, de un pensamiento fragmentario y discontinuo que depende de sus condiciones de producción: artículo de periódico, discurso. Machado, como siempre, le da vueltas a la misma idea y la desarrolla de otra manera quizá por afán pedagógico, quizá por inseguridad conceptual.

Cuando le hace afirmar a Juan de Mairena, con esta falsa espontaneidad que une prudencia y provocación, que «el marxismo, señores, es una interpretación judaíca de la Historia»[48], sugiere la idea de cierta venganza histórica contenida en el Antiguo Testamento, y parece asimilar la rebeldía del proletario a la de Caín. Sólo le interesa por consiguiente el proceso violento que acaba con la victoria del envidioso. Sin embargo, Mairena cuida siempre de no explicar esta afirmación que constituye una de aquellas frases terribles que pronunciaba el docente que era para provocar a sus alumnos. Puesto que añadía: «El marxismo, sin embargo, ahorcará a los banqueros y perseguirá a los judíos. ¿Para despistar?».

Mairena —que su creador hace morir en 1909— atribuye al marxismo algunas acciones futuras espantosas, pero no es nunca más explícito, ni siquiera cuando, al conformarse con cierto antisemitismo ambiente[49], define el marxismo a través de los orígenes judíos de Karl Marx. Sugiere, no obstante, como para eludir cualquier debate, que tal razonamiento no era más que «una gran plancha de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín»[50]. Al evocar el antisemitismo alemán Mairena no haría más que repetir la definición de su reaccionario maestro[51]:

> —Carlos Marx, señores, fue un judío alemán que interpretó a Hegel de una manera judaíca, con su dialéctica materialista y su visión usuraria del futuro[52].

Está mezclando ahora una definición objetiva —el materialismo histórico— a su propia definición. Y esta interpretación de la Historia le parece algo reaccionaria porque no ve cómo el marxismo —tal como lo define— puede sacar fuerzas renovadoras de un pasado lejano. Al reducir, en efecto, la ideología a una mera

---

[48] *Juan de Mairena*, XLVI, *O.P.P.*, p. 509.

[49] Baroja publica de nuevo en sus memorias acotaciones anteriores sobre la inteligencia y el carácter dominador de la raza judía. (*Finales del siglo XIX y principios del XX, O.C.* t. VII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949, p. 688).

[50] *Juan de Mairena, O.P.P.*, p. 365.

[51] «Así hablaba mi maestro, un hombre un tanto reaccionario, y no siempre de acuerdo consigo mismo», *ibídem*, p. 447.

[52] *Ibídem*.

cuestión de psicología íntima, cree incluso haber descubierto cierta escandalosa anterioridad a Marx en la presencia de Maquiavelo: «Carlos Marx fue la criada que le salió respondona a Nicolás Maquiavelo», apunta, en 1931[53]. Esta insubordinación verbal de Marx consistiría en una superación doctrinal de las presuposiciones individualistas del cortesano florentino, al oponer a su arte para hacerse con el Poder y mantenerse hábilmente en él, una concepción colectiva de la lucha y de la toma del Poder. Contrapone, por consiguiente, a una doctrina que predicaba la desaparición del Estado, otra que obró por su reforzamiento. Pero, tampoco ahora, concluye Machado sino que conserva al pensamiento de Mairena su carácter improvisado, fragmentario y anacrónico. En realidad la crítica machadiana al marxismo parte de otra noción: la del cinismo. «El cinismo actual se llama, con mayor o menos precisión, *interpretación materialista de la historia*»[54], escribe.

Ahora bien, Machado otorga casi siempre un sentido filosófico a la palabra «cinismo» («cierta fe en la animalidad humana»). (Sólo al final de su vida Machado le devolverá su sentido usual despectivo, en la expresión «ola de cinismo», para calificar la intervención de las potencias del «Eje» en la Guerra Civil). Antes de designar la interpretación materialista de la Historia de Marx, el término califica en su obra aquella vuelta a la naturaleza propuesta por Rousseau. Se trata en ambos casos, a su parecer, a la vez de una vuelta al pasado, y a la elemental y eterna naturaleza humana. La interpretación de Machado, sin duda heredada de Unamuno, quien veía en el marxismo un mero comunismo vulgar, preocupado sólo por la satisfacción del hambre, le hace sentir la misma repulsión por el mismo término de «marxismo» y la noción objetiva y científica que encierra y la misma atracción por el de «comunismo», cuya connotación es más romántica y más fraterna.

## El triunfo del estómago

Al reducir de tal manera —lo mismo que Unamuno— la importancia de la economía, en el análisis y en la ideología de Marx, a una mera cuestión de nutrición, Machado hace de la envidia y del resentimiento el único motor del marxismo. Se fundamenta en una visión muy difundida que asimila el comunismo a un juicio final anticipado, a una inversión de valores según la profecía y la logomaquia anarquista, expresada, por ejemplo, por este estribillo que más de una criada debió de canturrear al llegar el señorito: «Cuando querrá el Dios del cielo/ que la tortilla se vuelva/ que los pobres coman pan/ y los ricos mierda, mierda»[55]. Poco importa que esta concepción sea errónea o fantástica, sólo nos consta que estuvo ampliamente difundida y que Machado, lo mismo que Unamuno, Baroja, e incluso De los Ríos, etc., llega a confundirla con los fundamentos doctrinarios del marxismo en un país

[53] «Fragmentos de lecciones», *Juan de Mairena, O.P.P.*, p. 388.
[54] *O.P.P.*, p. 547.
[55] Véase Paul Aubert, Gérard Brey, Jean-Louis Guereña, Jacques Maurice, Serge Salaün, *Anarquismo y poesía en Cádiz durante la Restauración*, Córdoba, ed. de la Posada, 1986, 215 p.

que no se libra siempre de la arrogancia de ciertos elementos de las clases dominantes ni de las crisis de subsistencias.

En efecto, una de las principales causas de los movimientos huelguísticos y de las manifestaciones callejeras en los años 1915, 1916 y sobre todo 1917, fue la política de exportación inconsiderada hacia los Aliados y la inflación y el agotamiento del mercado que ésta acarreó, lo que la prensa llamaba «el problema de las subsistencias», al que dedicaba la primera plana desde 1915, hasta llegar a consagrarle una crónica diaria, en *El Liberal,* por ejemplo, en septiembre y en octubre de 1917. A principios del verano de 1917, la prensa publica noticias alarmantes, habla de una pauperización y de una malnutrición crecientes. Se habla corrientemente de «el hambre en España»[56]. Los diarios no se limitan como antes al comentario de las estadísticas o de la política económica de Urzáiz; tampoco se contentan con polemizar sobre la oportunidad de limitar o de prohibir la exportación de los productos de primera necesidad, ya no cuidan de recordar que se trata de una consecuencia de la Primera Guerra mundial; de hecho, España está pasando hambre y se evocan las causas pero también las consecuencias de este momento crítico. Esta miseria afecta todas las regiones y la mayoría de las categorías sociales: campesinos, obreros y clases medias[57]. Las encuestas oficiales revelan una subalimentación crónica[58].

Unamuno criticará «la llamada concepción materialista de la historia que quiere que los valores todos culturales hayan salido del estómago y de su hambre» y Machado le hará eco afirmando que se resiste a creer que «no son factores ideales, sino económicos en última instancia, las necesidades de la animalía humana, los agentes determinantes de la Historia». Unamuno, quien formula muchos problemas que se plantea luego Machado, gusta de recordar que en lenguaje popular la «materia» significa el pus y no vacila en calificar el materialismo de purulentismo. A estas alturas no serviría para nada recordar que Marx no pretendió nunca que fuera la economía el único factor de progreso de la humanidad ni que los individuos tienen que ser dueños de la evolución entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción ni sacar a relucir al joven Marx de los manuscristos de 1844.

Machado prosigue sus raciocinios sobre el cinismo y el judaísmo: «con Marx, la Europa apenas cristianizada retrocede al Viejo Testamento»[59], afirma.

Pero su sentido del humanismo le impide ir más lejos. «Me resisto a creer que

---

[56] *El Liberal,* 26.V.1917.

[57] Así puede leerse, por ejemplo, el 28 de julio de 1917, en *El Liberal*, una trágica descripción de los males del país bajo la pluma de Augusto Barcia, en un artículo titulado, «La vida nacional. Males sin remedio».

[58] Antes de la guerra, la ración alimenticia diaria media de un obrero agrícola que no superaba unos 87 g. de proteínas, 30 g. de lipoides y 350 g. de glucócidos, sea aproximadamente unas 2.000 calorías —cuando ahora se valora unas 3.000 calorías la que necesita un hombre sedentario— le parecía suficiente al doctor Ubeda Correa (según Carlos Rico-Avelló) (*Historia de la Sanidad española (1900-1925)*, Madrid, Ministerio de la Gobernación, Dirección General de Sanidad, 1969, p. 120). Pero ésta va a disminuir considerablemente durante la Primera Guerra mundial.

[59] «Una gran plancha de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín», *Juan de Mairena*, IV, *O.P.P.*, p. 365.

el factor económico sea el gran motor de la historia»[60], repite en 1937 en su discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas, reiterando la misma idea que había expresado en 1913, en la autobiografía entregada a Azorín que resumía todas sus exigencias: «la conciencia es anterior al alfabeto y al pan»[61].

Por consiguiente, Machado, Unamuno y muchos coetáneos suyos, olvidan el materialismo dialéctico para guardar tan sólo el materialismo histórico si no económico que interpretan como un mero positivismo pervertido en economismo y en materialismo elemental, ignorando la crítica que el mismo Marx hacía al comunismo vulgar.

Sin embargo, les parece positivo el carácter ético del marxismo igualitario, lo mismo que de los Ríos reconocía que el marxismo podía contribuir a hacer de las masas una fuerza dinámica de la Historia y contribuir al advenimiento de una sociedad democrática imponiendo el reconocimiento de un Derecho Social[62].

Machado se encuentra en medio de estas corrientes y de estas contradicciones.

La refutación de Unamuno es mucho más violenta puesto que condena —en un texto olvidado— al marxismo como doctrina del siglo anterior y por ende fatalista y germánica, «mahometana e incluso tibetana», y por consiguiente bárbara[63].

Cree el Unamuno antigermanófilo que la Primera Guerra mundial es una cruzada contra el materialismo marxista de los militares alemanes «los de la concepción materialista —y a veces imperialista— de la historia; los que esperaban o decían esperar más de las cosas que de los hombres».

> «Se está dando la batalla a la Santa Alianza simbolizada en los dos Imperios centrales del brazo con la Turquía del fatalismo mahometano. Y del peor mahometanismo, del que se infiltró en ese pueblo no arábigo. Se está

---

[60] *O.P.P.*, p. 689.

[61] Op. cit. Marx hacía al comunismo vulgar las mismas críticas que Machado. Describe el joven Marx, en efecto, en los manuscritos de 1844, por una parte, el deseo de satisfacer únicamente las funciones elementales como una consecuencia de la enajenación del hombre por el trabajo, lo cual explicaría el que el trabajador sólo se sienta libre en el cumplimiento de sus funciones animales. (*Manuscritos. Economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 1968, p. 109); condena, por otra parte, ese comunismo grosero que, al tolerar la envidia, niega la personalidad humana (*Ibidem*, p. 141). Reflexiona luego sobre el sentido de la Historia como conversión del hombre en objeto de la conciencia sensible, antes de concluir con la formulación de un humanismo que no hubiera rehusado Machado «La Historia misma es una parte real de la Historia natural, de la conversión de la naturaleza en hombre» (*Ibidem*, p. 153). ¿Es marxista aquel humanismo del joven Marx? Se opuso a veces estos escritos a los de la madurez del filósofo subrayando sus carencias y preguntándose si no son más idealistas que científicos. Esta concepción, en efecto, contradice la de la naturaleza humana que será más tarde la de Marx. Encierra, sin embargo, la idea del hombre como ser histórico, cuyas necesidades, facultades, gustos van enriqueciéndose con el desarrollo de las fuerzas productoras y de la riqueza material. Los defensores de este humanismo ven una confirmación de esta tesis en la famosa carta que mandó Engels, desde Londres, a Joseph Bloch, el 21 de septiembre de 1890, en la que afirma que se otorgó sin duda demasiada importancia al factor económico.

[62] *El sentido humanista del Socialismo, op. cit.*, p. 206.

[63] «La oleada europea», *La Publicidad*, Barcelona, 3.IV.1917; *El País*, 14.IV.1917.

librando la gran batalla contra la estepa espiritual. Se está barriendo el tibetanismo europeo.

Hoy este tibetanismo se concentraba en la docta y más que docta mandarinesca Germania —de la que hasta la China, la China modernizada, por supuesto, se separa— la cuna del falismo (*sic*)[64] hegeliano, donde Carlos Marx enseñó que la revolución económica la hacen las cosas y no los hombres y que es el estómago el director supremo de la historia y donde Schopenhauer predicó la vuelta al budismo, en esa Germania anticristiana, anti-europea, antihumanitaria, materialista y pagana. Ponía la organización sobre la creación. Los pueblos sienten que la libertad es creación, no organización, y que el hombre crea, por la libertad, la historia. Y una oleada de democracia está levantando a Europa [...]».

Este texto, no es sin duda ningún ejemplo de rigor doctrinario, aunque con su vehemencia y su desmesura tiene el mérito de recordar la principal objeción, no razonada, sino visceral y duradera que hace Unamuno a lo que cree ser el marxismo, puesto que lo recordará a lo largo de su vida, al mismo tiempo que precisa de nuevo cuáles son los motivos de su germanofobia. Nunca dejó de pensar, en efecto que esta guerra simbolizaba la derrota del marxismo, no sólo de la Internacional, sino también del materialismo histórico tal como lo concibe. Escribía, por ejemplo, al principio de la guerra, el 16 de octubre de 1914, a Romain Rolland: «Je compte faire un livre sur la guerre actuelle et la débâcle de l'interprétation matérialiste de l'Histoire»?[65].

Un poco más tarde, en un texto titulado: «Sobre el supuesto fracaso de la Internacional»[66], Unamuno acabará reprochando al marxismo de contribuir a la «masificación» del pueblo al negar el factor espiritual.

> «La concepción llamada materialista de la historia, la de que el estómago es el último motor de la historia, la de que rigen a éste las cosas y no los hombres, la de Carlos Marx, lleva por consecuencia la de suponer que a los hombres les agrupa y asocia el hambre, la economía, y por lo tanto, que constituyen turbas, turbas mejor o peor organizadas y disciplinadas, pero no pueblo, verdaderamente pueblos, naciones. El factor histórico, propiamente histórico, el espiritual, el de personalidad individual y colectiva, aparece borrado. Y, sin embargo, estamos viendo bien claro, que es este factor, hasta en la clase proletaria el verdaderamente histórico».

Tal como estaba definido, este marxismo no podía gustarle a Machado y no debe sorprendernos el que haga, el 1.º de mayo de 1937, delante de las Juventudes Socialistas Unificadas, una verdadera profesión de fe antimarxista:

---

[64] Quizá se pueda leer «fatalismo». Aunque don Miguel no despreciaba los juegos de palabra.
[65] Romain Rolland, *Journal des années de guerre, 1914-1919*, París, Albin Michel, 1952, p. 83.
[66] *La Nación*, Buenos Aires, 16.III.1918; *O.C.*, Escelicer, t. IX, pp. 1544-1548.

«Desde un punto de vista teórico, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Mi pensamiento no ha seguido la ruta que desciende de Hegel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia»[67].

## Una reinterpretación humanista del marxismo, a la luz del tolstoismo social

Machado reconocerá —como de los Ríos, por ejemplo, quien elabora una ética derivada a menudo del pensamiento de Marx— que el marxismo puede tener algún valor moral y devolver al hombre su dignidad, en la medida en que contribuye a liberar la persona del imperio de las cosas. Ambos condenan el capitalismo, verdadera civilización material que somete, a su parecer, el hombre a los objetos.

Es precisamente este aspecto del marxismo que los socialistas españoles gustarán de explicar, como viene a recordarlo Manuel Núñez de Arenas en un artículo titulado «El valor hombre en la ideología marxista»[68]. Comentando la conferencia que pronunció Andrés Ovejero en *la Escuela Nueva*, con motivo del centésimo aniversario del nacimiento de Marx[69], subraya que el pensador alemán puede ser irónico o apasionado, antes de preguntarse si no será preciso algún día, en beneficio del socialismo, superar sus propias enseñanzas que no representan, al fin y al cabo, más que una etapa en la constitución del socialismo internacional.

«Marx no es socialista desde el primer instante: empieza siendo idealista, discípulo de Hegel; después se convierte en humanista de Feuerbach, y, finalmente, economista al modo prudoniano. Hegel creyó que la idea lo es todo .[...] Con Feuerbach, creyó que el hombre lo es todo, y se hizo humanitarista. Y al llegar a Francia y conocer a Proudhon, convirtióse en prudoniano. [...] Recordemos unas admirables palabras que en cierta ocasión escribió el

---

[67] *O.P.P.*, p. 690.

[68] «Con motivo del centenario de Marx, incluso aquí, en España, se dan conferencias, se publican artículos. Y como las primeras personas que han tratado de su obra no son profesionales de la Economía política, ha surgido, como no podía menos de ocurrir, la pregunta esencial: ¿Hasta qué punto, en qué medida el socialismo se halla impregnado de humanidad? En esta ideología que pretende ensalzar al hombre, que pretende redimirle, ¿en cuánto se le estima?

Toda la conferencia que ha dado en la Escuela Nueva Andrés Ovejero ha sido dedicada a pretender demostrar que henchida de valor humano está la obra de Marx. Por su parte, Luis Araquistain, en un artículo de *La Publicidad*, analiza el concepto de masa y combate la exclusiva importancia que en la obra marxista tiene el factor colectivo, suprimiendo el factor individuo. En el fondo, en estas dos tesis está la vieja controversia entre Lafarque y Jaurés; quizá la diferencia entre Marx y Bakounine; incluso, apurando la cuestión, la distancia que separa la concepción socialista alemana y la concepción socialista francesa [...]». *España*, n.º 160, 2.V.1918.

[69] «Carlos Marx», *El Socialista*, 1.V.1918.

compañero Jaime Vera profetizando que acaso algún día hayamos de romper nosotros con Marx. Hemos visto a Marx romper con Hegel, con Feuerbach, con Proudhon. Acaso en romper con el Socialismo alemán, en dejar de ser marxista, esté el porvenir del socialismo internacional.»

Esto es lo esencial del debate que ocupa a los intelectuales españoles: encontrar una interpretación humanista del marxismo. Parece que la lucha de clases ya no esté al orden del día y que de ahora en adelante prefieran elegir entre cierto populismo y la alianza con lo que describen como la clase media. Por consiguiente, no se sitúan ya en relación con un aparato de producción. Su refutación del marxismo como materialismo se enmarca en la tradición del socialismo liberal o del liberalismo social —la diferencia entre ambos dista mucho de ser precisa— de unos intelectuales tales como de los Ríos, Besteiro o incluso Ortega que añaden a su formación neokrausista una lectura neokantiana de Marx; pero también y sobre todo en la línea de Miguel de Unamuno quien llega a reivindicar una concepción espiritualista de la Historia[70].

Por otra parte, el impacto del tolstoismo es profundo en España. Y muchos intelectuales interpretan los acontecimientos de Rusia a la luz de éste o ven en ellos, como Luis Araquistain[71] o los estudiantes socialistas madrileños, el prolongamiento de la obra social de Tolstoi[72] quien afirmara la misión redentora común de los pueblos ruso y español.

Machado acepta esta doble tradición cuando completa su refutación teórica del marxismo por una aceptación formal del socialismo.

> «Veo, sin embargo, con entera claridad, que el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la juticia; veo claramente que es ésa la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir»[73].

---

[70] «Y no sólo de pan vive el hombre, sino de pensamiento. Que no es el hambre sino la idea del hambre, la que le hace las revoluciones. Lo que hay en el fondo de la historia es el pensamiento. ¡Ciudadanos de todos los países, pensad!». («Democracia frailuna», El Mercantil Valenciano, 12.XII.1922; *La Lucha de clases*, 16.XII.1922; *Escritos socialistas (1894-1922)*, ed. de Pedro Ribas, *op. cit.*, p. 274). Unamuno parece recordar la afirmación de Ortega en el primer editorial que publicó en el diario *El Sol* cuando la creación de éste: «Todo español está muy especialmente obligado a ser mañana más inteligente que hoy [...] («Hacia una política mejor», *El Sol*, 7.XII.1917; *O.C.* t. 10, p. 368).

[71] «Interpretaciones. La revolución rusa y Tolstoi. ¿Qué pensaría si viviera?», *El Sol* 23.III.1924. Araquistain no dudaba, por otra parte, en hablar de «bolcheviquismo neo-cristiano». (Véase Angel Ossorio, «Sobre una alusión. Bolcheviquismo neo-cristiano», *El Sol*, 7.III.1924).

[72] «Ningún otro pueblo ha sido capaz de comprender tan profundamente como nosotros los sufrimientos y la gloria de la Revolución rusa» (Carta dirigida a las organizaciones estudiantiles rusas, *El Socialista*, 18.IV.1919).

[73] «Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas», *op. cit.*

El poeta quien imaginaba, desde 1918, en plena guerra, una sociedad fraterna, que hubiera vencido el «cainismo», y superado las nociones de clases, castas y naciones, creyó encontrar en el pueblo ruso al salvador de la Europa occidental, mediante la encarnación del cristianismo primitivo en el tolstoismo.

> Porque el cainismo perdura, a pesar de Cristo; pasa del individuo a la familia, a la casta, a la clase, y hoy lo vemos extendido a las naciones, en ese sentimiento tan fuerte y tan vil que se llama patriotismo. Sólo los rusos —¡bendito pueblo!— me parecen capaces de superarlo por un sentimiento más noble y universal. El tolstoismo salvará a Europa, si es que ésta tiene salvación[74].

No es nada sorprendente, por consiguiente que mantenga esta idea y vea en la Revolución rusa la realización de las ideas de Tostoi y que asimile, en efecto, el comunismo al cristianismo.

> «Con Marx, señores, la Europa apenas cristianizada, retrocede al Viejo Testamento. Pero existe Rusia, la Santa Rusia, cuyas raíces espirituales son esencialmente evangélicas[75]».

Machado opone pues la Rusia eterna a la Rusia marxista de 1917. Esta concepción anacrónica, que llega a apostar por la perennidad del alma rusa, no está totalmente libre de prejuicios idealistas. Machado interpreta el cristianismo como una comunión entre los hombres, es decir lo que venía buscando con su poesía desde hacía mucho tiempo. Ve, por consiguiente, en el marxismo una ideología reaccionaria, una vuelta al espíritu vindicativo del Antiguo Testamento.

> «Hoy Rusia abandona los Evangelios, profesa a Carlos Marx y habla de arte proletario. Con ello retrocede del Nuevo al Viejo Testamento».

Machado desarrolla los mismos argumentos que opusiera al marxismo, haciendo de Karl Marx un profeta del Antiguo Testamento: el hombre pierde su identidad en esta masificación de la especie, tal deseo de justicia no está libre de todo sentimiento de venganza.

> «La visión profética de Carlos Marx es esencialmente mosaíca: la prole de Adán repartiéndose los bienes de la tierra. "¡Justicia para el gran rebaño de los hombres!". No hay renuncia posible a acomodarse en el tiempo. Las virtudes castas que reveló el Cristo sin enemigas de la especie. Sois esencialmente prole, y como tal habéis de afrontar vuestro destino».

---

[74] Carta a Miguel de Unamuno, Baeza, 16.I.1918, *O.P.P.*, p. 924.
[75] *Juan de Mairena*, IV, *O.P.P.*, p. 365.

En realidad, el triunfo del marxismo en aquella Rusia cristiana sigue siendo un enigma para Machado.

## El alma rusa salvará el marxismo

Machado sigue creyendo en el renacimiento de la Rusia de Tolstoi y de Dostoïevski puesto que, a su parecer, el alma rusa no podrá conformarse con la ideología de Marx. Esto explica incluso que llegue a dudar de la validez de su propia interpretación del marxismo («No vayamos demasiado de prisa. Es posible que el marxismo no sea un elemento tan heterogéneo con el espíritu ruso como algunos pensamos»), y se pregunte si el pueblo ruso no será capaz de salvar al marxismo de la misma manera que salvó antiguamente al cristianismo. Después de haber reconocido imparcialmente los logros de la Revolución rusa al servicio de la emancipación de los trabajadores del mundo entero, Machado saluda la esperanza necesaria que despertó la revolución en el alma de los obreros y de los poetas hartos del individualismo burgués.

> «Para triunfar del "solus ipse" (una fe metafísica como otra cualquiera, y precisamente la propia de la sociedad individualista, que vive hoy con el escudo al brazo enfrente de la Rusia soviética) será necesaria una fe comunista —no nos asunten las palabras—, que puede engendrarse en el seno de una fraternidad laboriosa. ¡Fraternidad! He aquí la palabra rusa por excelencia».

Sin embargo, ya no se hace ninguna ilusión acerca de la Iglesia Ortodoxa rusa que hizo prueba, a su parecer, tanto como la Iglesia Católica, de servilismo hacia los poderes constituidos.

Machado opone entonces al profeta alemán Marx el «esclavo» ruso Lénin:

> «Cuando se lee lo que nos cuentan de Lénin, del modesto y gigantesco Lénin, y se recuerdan sus palabras (muchas que pronunció y muchas que supo callar) se comprende cuánto supera el corazón del esclavo a la inteligencia del pensador alemán».

Llega a imaginar una adaptación del marxismo al sentimiento de fraternidad siempre vigente en Rusia. «Y se presiente —apunta— una reacuñación cordial del marxismo por el alma rusa, que puede ser cantora lírica y comunista en el sentido humano y profundo de que antes hablamos».

Machado desconoce el marxismo y no es marxista. Intuye, sin embargo, que la ideología marxista contradice la ideología occidental latino-germánica, que culmina con la concepción del superhombre de Nietzsche, a la que opone el esfuerzo de redescubrimiento de la verdadera personalidad humana.

> «Entre Moscú, profundamente cristiano, y Roma, profundamente pagana, es Roma la que defiende al Cristo como quien defiende la ternera para su

vacuna. Moscú, en cambio, se inyecta de Carlos Marx. Pero cuando triunfe Moscú, no lo dudéis, habrá triunfado el Cristo»[76].

Al comentar más tarde en *Juan de Mairena*, el libro titulado *Nuestra experiencia revolucionaria*, publicado por las ediciones Europa-América, en el que figura un diálogo entre Wells y Staline, del 23 de julio de 1934, Machado no negará aquella admiración que sentía por el hombre ruso cuya cordialidad opone a la frialdad y a los prejuicios del inglés. «Porque Wells a fuer de anglo-sajón es esencialmente antirrevolucionario; le asusta todo trastorno político y social. Stalin no es un fanático de la Revolución, pero carece del prejuicio antirrevolucionario»[77]. Elogia luego la inteligencia y la sabiduría del «esclavo» Stalin[78].

Finalmente Machado, reconoce en este mismo texto, que el mundo capitalista está derrumbándose. Nunca había comentado tan clara y radicalmente la actualidad, y se da cuenta de ello cuando agrega: «Pero aceptada la tesis, ¿cómo no admitir la implacable lógica revolucionaria de Stalin?». Cree ahora que el parecer expresado hasta la fecha por Juan de Mairena (que podría resumirse así: si se quiere que las cosas no cambien basta con reformarlas, pero las que no pueden reformarse tienen que cambiar) quien condenaba teóricamente el reformismo y elegía la hipótesis revolucionaria, no dista mucho del de Stalin.

> «De aquello que se desmorona hay que esperarlo todo menos una transformación; porque si fuera capaz de transformarse, claro está que de ningún modo se desmoronaría. Sustituir, construir y ayudar a caer: tal es lo esencialmente revolucionario para Stalin. La historia de todas las revoluciones le da la razón ampliamente».

Este texto tiene también otro alcance. Machado, a quien no le asusta ya la idea revolucionaria, pero que cuida siempre de excluir de su vocabulario el término —más que el concepto— de «proletariado», al que prefiere la noción más vaga, pero también más generosa, de «pueblo», llega a opinar por primera vez sobre la realidad de éste al reflexionar sobre la dictadura del proletariado (y no se las arregla con una pirueta etimológica, como Unamuno quien proclamaba, en una entrevista olvidada, el 18 de febrero de 1936, después de la victoria del Frente Popular: «En cuanto a la dictadura del proletariado, me parece absurdo, porque no tienen qué dictar y no saben qué es marxismo»[79]).

---

[76] *O.P.P.*, p. 577; «Moscú, desde su ateísmo militante, ha sido un estimulante mucho mayor para la renovación cristiana de nuestro Occidente que una Roma llena de símbolos cristianos y de atractivos litúrgicos», apunta el teólogo José M.ª González Ruiz en su libro, *La Teología de Antonio Machado*, Madrid, Barcelona, Marova-Fontanella, 1975, p. 166.

[77] *O.P.P*, p. 588.

[78] «Hay en Stalin una claridad de ideas y una virtud suasoria que no alcanza nunca su interlocutor. Al inglés no le abandona todavía el miedo a la aventura; el esclavo tiene la tranquila seguridad de quien posee una experiencia». (*Ibidem*).

[79] «Unamuno ante las elecciones», *El Sol*, 18.II.1936.

«En cuanto a la dictadura del proletariado —afirma Machado— ¿por qué nos asustan tanto las palabras? Si el barco necesita nueva tripulación y nuevos capitanes, ¿por qué no reclutarlos en el mundo del trabajo, cuando el del capital es —por definición aceptada— el de las viejas ratas que corroen la nave? ¡Ah! Yo no soy más que un aprendiz de sofística, en el mejor sentido de la palabra.»

Y confiesa, como para explicar esta toma de conciencia tardía, siempre por el intermediario de Juan de Mairena.

«En verdad —hubiera concluido Juan de Mairena— al margen ya de sus lecturas —que no son las palabras lo que más asusta, sino ciertas imágenes groseras que en muchas cabezas suelen sustituir a las ideas, por ejemplo: alguien empeñado en bordar las lises borbónicas en unas alpargatas de albañil, unas botas de charol en la espuerta de la basura, etcétera, etcétera. Y con estas figuraciones claro está que no se puede ir a niguna parte».

Por consiguiente, no se trata sólo, como antes, de una mera cuestión de vocabulario o de un simple relevo de generaciones («toma el volante, niño») sino del advenimiento a la vida política de una nueva clase social: la de los trabajadores.

Machado subraya también el peso inconfesado de la mentalidad burguesa sobre la evolución ideológica de los intelectuales de su tiempo. Aunque parece ahora superar ésta al cabo de una evolución que los acontecimientos no harán más que precipitar, a partir de octubre de 1934 y de febrero de 1936, aunque percibe claramente que es en este debate en torno al marxismo donde se está fraguando el porvenir del país, mantiene sin embargo el tono escéptico de algunas reflexiones de Juan de Mairena.

«Pero hoy lo fuerte es el bloque antimarxista, integrado por muchos millones de hombres que no han leído a Marx. Se llegará tal vez a una dictadura antimarxista, que engendrará luego, un marxismo antidictatorial.»[80]

## Una simpatía activa: «A la altura de las circunstancias»

Sin embargo, Machado, quien permanece fiel «al gobierno legítimo de la República», no quiere considerarse «au dessus de la mêlée» —según la expresión elegida por Romain Rolland para justificar este pacifismo de vigía intelectual durante la Primera Guerra mundial que no dejaron de reprochársele[81]— sino que

[80] «Apuntes inéditos, años de 1933-34», *O.C.*, t. II, p. 2147.

[81] *L'Esprit Libre. Au-dessus de la mêlée. Les précurseurs,* París, Albin Michel, 1931, 350 p. Romain Rolland confiesa, en 1931, en el prólogo a la segunda edición de su libro, que se había equivocado, porque no conocía suficientemente la ideología burguesa y había supervalorado el valor cívico de la élite intelectual (p. 50).

pretende estar siempre «a la altura de las circunstancias», tomando partido y definiendo lo que tendría que ser, a su parecer, el comportamiento del intelectual.

«Ante esta contienda el intelectual no puede inhibirse. Su mundo está en peligro. Ha de combatir, ser miliciano», escribe en la revista *Fragua*, en 1938[82]. Olvida entonces sus anteriores preocupaciones y se define, no ya como un poeta o un escritor sino sólo como un intelectual, consciente de la importancia de este matiz. «El intelecto no ha cantado nunca, no es su misión», proclamaba a la hora de definir su poética, en 1913. De ahora en adelante sólo escribe o habla para animar a los soldados. Precisa también su postura política y no vacila en declarar al diario *Ahora*, el 3 de octubre de 1936: «Yo no soy un verdadero socialista y, además, no soy joven, pero, sin embargo, el socialismo es la gran esperanza humana ineludible en nuestros días, y toda superación del socialismo lleva implícita su previa realización»[83].

Luego, cuando la polémica entre el P.S.U.C. y el P.O.U.M. en Cataluña y en Levante, aprobará abiertamente la postura del Partido Comunista, en nombre de la necesaria disciplina en tiempo de guerra, en particular en su discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas, en Valencia, el 1.° de mayo de 1937[84], que concluye precisando de nuevo claramente cuáles son sus relaciones con el marxismo.

> «Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Mi pensamiento no ha seguido la ruta que desciende de Hegel a Carlos Marx.»

Tal fue el caso de la mayoría de los hombres de su generación, como de los Ríos, Besteiro o Araquistain, que se formaron en un ambiente favorable a la búsqueda de las terceras vías y de las grandes síntesis, entre el krausismo y el positivismo

---

[82] *Fragua*, Boletín periódico de la revolución, Consejo regional de defensa de Aragón, n.° 11, texto publicado por Robert Marrast, *Puerto*, n.° 1, Puerto Rico, p. 75.

[83] *Prosas y Poesías olvidadas*, ed. de Robert Marrast et Ramón Martínez López, París, Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques, 1964, (de ahora en adelante, *P.P.O.*), p. 55.

[84] Exclamando, en particular: «¡La disciplina!... He aquí una palabra que vosotros, jóvenes socialistas unificados no necesitáis, por fortuna, que yo recuerde. Porque vosotros sabéis que la disciplina, útil para el logro de todas las empresas humanas, es imprescindible en tiempos de guerra. [...] Nada temo de la indisciplina juvenil, porque nunca he creído en ella. Mucho temo, mucho he temido siempre de la mansa indisciplina de la vejez, de esa vejez *anárquica*, en el sentido peyorativo de estas dos palabras —un hombre encanecido en actividades heroicas sabe guardar como un tesoro la llama íntegra de su juventud, y un anarquista verdadero puede ser un santo —de ser espíritu díscolo y rebelde a toda idealidad, siempre avaro de bienes materiales, codiciosos de mando para imponer la servidumbre, que, en suma, sólo obedece a lo más groseramente individual...» *O.P.P.*, p. 689. Admira sin embargo algunos anarquistas y en particular a Salvochea, a quien se refiere siempre con el mayor respeto, a quien conoció, así como a Pi y Margall y al joven Fernando de los Ríos, hacia 1892, en casa de Eduardo Benot. Este filólogo y académico, antiguo ministro de Hacienda, fue el protector de los hermanos Machado. Había sido el amigo de su padre y de su abuelo. (Miguel Pérez Ferrero, *Tertulias y grupos literarios*, Madrid, ed. Cultura hispánica, 1974, pp. 71-73).

(Dorado Montero), el positivismo y el neokantismo (Revilla y Perojo). Si sus mayores lograron concebir un pensamiento científico que tolerara la religión, no debe sorprendernos el que ellos puedan identificar, en su mayoría, liberalismo y socialismo, humanismo y marxismo.

La concepción de Machado —lo hemos visto— es distinta. Este sigue parapetándose detrás de la refutación de lo que cree ser la teoría económica de Marx: «Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo acaso de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia», explica[85]. Sin embargo, su humanismo no le impide entender, al final de su vida, —al contrario de de los Ríos, por ejemplo, cuya visión ética le hace ignorar la división de la sociedad en clases— lo que pueden ser la lucha de clases y el ideal socialista.

> «Veo, sin embargo, con entera claridad, que el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que es ésa la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir. Ella coincide con vuestra juventud, y es una tarea magnífica, no lo dudéis»[86].

Conforme va creciendo esta simpatía activa por el socialismo, la visión que tiene de Rusia cambia. Escribe en septiembre de 1937: «Moscú, aunque salude con el puño cerrado, es la mano abierta y generosa»[87]. Aunque mantiene sus dudas acerca de la esencia del marxismo, reconoce que éste es necesario para Rusia.

> «Es muy posible, casi seguro, que el alma rusa no tenga, en el fondo y a la larga, demasiada simpatía por el dogma central del marxismo, que es una fe materialista, una creencia en el hambre como único y decisivo motor de la historia. Pero el marxismo tiene para Rusia, como para todos los pueblos del mundo, un valor instrumental inapreciable. El marxismo contiene las visiones más profundas y certeras de los problemas que plantea la economía de todos los pueblos occidentales. A nadie debe extrañar que Rusia haya pretendido utilizar el marxismo en su mayor pureza, al ensayar la nueva forma de convivencia humana, de comunión cordial y fraterna, para enfrentarse con todos los problemas de índole económica que necesariamente habrían de salirle al paso. Tal vez sea éste uno de los grandes aciertos de sus gobernantes».

---

[85] *Ibídem.*
[86] *Ibídem.*
[87] «Sobre la Rusia actual», *Hora de España*, n.º 9, septiembre 1937; *O.P.P.*, p. 665.

Y concluye, convencido de que sus deseos han sido cumplidos, es decir que Rusia pudo superar el marxismo:

> «Mi tesis es ésta: la Rusia actual, que a todos nos asombra, es marxista, pero es mucho más que marxista. Por eso, el marxismo, que ha traspasado todas las fronteras y está al alcance de todos los pueblos, es en Rusia, en donde parece hablar a nuestro corazón».

Si «la experiencia comunista, que es hoy el gran hecho mundial», según escribe entonces al escritor ruso David Vigodsky[88], interesa a Machado es también por otra razón: «por debajo y por encima y a través del marxismo, España ama a Rusia, se siente atraída por el alma rusa», escribe. Machado justifica tal atracción por la visión que tiene de la obra de Dostoïevski. Comentando un episodio de *El adolescente* en el que un personaje, Versilov, afirma que algún día los hombres vivirán sin Dios, apunta: «Y cuando se haya agotado esa gran fuente de energía que les prestaba calor y nutría sus almas, los hombres se sentirán solitarios y huérfanos. Pero añade —y esto es a mi juicio lo específicamente ruso— que él no ha podido nunca imaginar a los hombres como seres ingratos y embrutecidos. Los hombres entonces se abrazarán más estrecha y amorosamente que nunca, se darán la mano con emoción insólita, comprendiendo que, en lo sucesivo, serán ya los unos para los otros. La idea y el sentimiento de la inmortalidad serán suplidos por el sentido fraternal del amor»[89]. Por consiguiente, cuando hayan olvidado a Dios y a la iglesia, los rusos descubrirán a Cristo. Y Machado está convencido de que ésta es la interpretación correcta de su conversión al marxismo. Trata de demostrarlo de esta manera.

> «Como maestra de cristianismo, el alma rusa, que ha sabido captar lo específicamente cristiano —el sentido fraterno del amor, emancipado de los vínculos de la sangre— encontrará un eco profundo en el alma española, no en la *calderoniana*, barroca y eclesiástica, sino en la *cervantina*, la de nuestro generoso hidalgo Don Quijote, que es, a mi juicio, la genuinamente popular, nada católica en el sentido sectario de la palabra, sino humana y universalmente cristiana».

Según Machado, la interpretación rusa de Marx, lo mismo que la española, es cristiana. Y el poeta llega a formular la siguiente ecuación para ilustrar la concepción fraterna del amor que fue siempre suya: Marx+Dostoïevski= Jesús Cristo = Cervantes+Marx. Resolverla nos remite elípticamente a la afirmación inicial de una consustancialidad ruso-española bajo el signo del cristianismo: Cervantes=Dostoïevski. De tal manera que el marxismo sólo aparece como un elemento coyuntural, catalizador, por así decirlo.

Machado acepta pues la fe comunista, como la única que a sus ojos posibilite la

---

[88] *O.P.P*, p. 669.
[89] *Ibidem*, p. 670.

fraternidad entre los hombres. El comunismo, a su parecer, no puede ser ateo. A partir de esta conclusión no deja de rendir homenaje, no obstante, a aquella Rusia soviética que ayuda al gobierno legítimo de la República, y que es, según dice, la Rusia eterna[90]. Y refuta las alusiones de quienes sugieren que tal ayuda no puede ser desinteresada[91], antes de exaltar la obra liberadora de Rusia. Ignoraba, obviamente, como todo el mundo, que habían empezado los procesos de Moscú y que Stalin no se portaba precisamente como un hijo espiritual de Lénin. Para él, la URSS seguía siendo la Rusia que había idealizado hacía veinte años, hasta tal punto que pensaba ir a refugiarse allí, según lo confesaba, el 9 de febrero de 1939, en una carta a José Bergamín[92].

Machado sigue expresadándose a menudo bajo el intermediario de Juan de Mairena, cuyas limitaciones ideológicas y cronológicas gusta de subrayar. Este, que habría muerto, no lo olvidemos, en 1909, habla de modo extratemporal, sea por anticipación bajo la forma de profecías, sea retrospectivamente cada vez que su creador imagina cuáles hubieran podido ser sus propósito frente a los acontecimientos presentes, «lo que hubiera pensado Juan de Mairena si hubiese vivido en nuestro tiempo con la mentalidad del suyo»[93]. Por consiguiente, es como hombre del siglo

---

[90] Escribe, por ejemplo, en octubre de 1937, en su libro *Poesías de guerra*, este poema, titulado «Voz en España», dedicado a los intelectuales de la Rusia soviética:

«¡Oh Rusia, noble Rusia,santa Rusia,/ cien veces noble y santa/ desde que roto el báculo y el cetro,/ empuñas el martillo y la guadaña!,/ en este promontorio de Occidente,/ por estas tierras altas/ erizadas de sierras, vastas liras/ de piedra y sol, por sus llanuras pardas/ y por sus campos verdes,/ sus ríos hondos, sus marinas claras,/ bajo la negra encina y el áureo limonero,/ junto al clavel y la retama,/ de monte a monte y río a río/ ¿oyes la voz de España?/ Mientras la guerra truena/ de mar a mar, ella te grita: ¡Hermana!».

[91] Declara en una alocución dirigida «A todos los españoles», el 21 de noviembre de 1938 durante la emisión de radio «La voz de España»: «Se nos ha calumniado, dentro y fuera de España, diciendo que nosotros también servimos una causa extranjera; que trabajamos por cuenta de Rusia. La calumnia es doblemente pérfida, pero tan grosera, que no ha podido engañar a nadie que no sea perfectamente imbécil. Porque todos saben (están hartos de saber) que Rusia, ese pueblo admirable, que renunció a su imperio para libertar a sus pueblos, no atentó nunca a la libertad de los ajenos y que no tuvo jamás la más leve ambición territorial en España. Esto lo saben todos, aunque muchos disimulen ignorarlo» (*P.P.O.*, p. 140; *O.C. II*, p. 2293).

[92] «Mi problema más inmediato es el de poder resistir en Francia hasta encontrar recursos para vivir en ella de mi trabajo literario o trasladarme a la U.R.S.S. donde encontraría amplia y favorable acogida». (*La Torre*, Universidad de Puerto Rico, n.º 45-46, enero-febrero 1964, p. 254; *O.C.* II, p. 2302). Algunas de sus sobrinas, las hijas de José, ya estaban allí.

Recordemos, a título de curiosidad, los dos juicios opuestos que emitió la crítica literaria soviética sobre la obra de Machado, citados por Ilya Ehrenbourg (*Eve of War*, Londres, 1963, p. 228). *La Enciclopedia Literaria* le condena en 1934: «Se trata de un típico representante de la pequeña burguesía intelectual. Frente a los avances del capitalismo, se refugia en el mundo de la introspección y busca una solución a las contradicciones del presente en un humanismo pequeño burgués». Mientras que en 1954 *La Gran Enciclopedia Soviética* reconoce sus méritos: «Los poemas de *Campos de Castilla* traducen el amor del poeta por su país y sus amargos temores frente al destino de España. [...] En *Nuevas Canciones* condena el arte reaccionario». (*Bolshaia Sovetskaia Entsiklopedia*, Moscú, 1954, XXXV, p. 554). La traducción de las dos citas es nuestra.

[93] «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia», *art. cit, O.P.P.* p. 861.

XIX que Mairena comenta la vida política del XX. ¿Puede concluirse que el mismo Machado no entiende ya los acontecimientos coetáneos? Es cierto que aunque se las arregle para estar «a la altura de las circunstancias» no puede resignarse a aceptar el vocabulario marxista ni el materialismo. Al resumir el debate a la manera del aliadófilo que había llegado a ser no sólo ve en la Guerra civil española algún reflejo de un antiguo combate entre la democracia y la autocracia, sino el inicio de una lucha de mayor envergadura entre la sociedad individualista (que no dice capitalista) y lo que llama «la fraternidad laboriosa». Admite, frente a tal eventualidad, que la «fe comunista» constituye sin duda un arma necesaria. «Para triunfar del *solus ipse* [...] será necesaria una fe comunista —no nos asusten las palabras—, que pueda engendrarse en el seno de una fraternidad laboriosa»[94]. Pero no deja nunca de recordar su esperanza en una reinterpretación rusa del marxismo alemán, en lo que concibe como: «una reacuñación cordial del marxismo por el alma rusa». Es, por otra parte, esta misma reinterpretación cordial del marxismo que él mismo opera para justificar su lucha presente y su militantismo a favor de la defensa, de la difusión y de la socialización de la cultura[95]. En plena guerra olvidando el anterior contencioso con la joven generación, Machado no duda en justificar al contrario el compromiso de los jóvenes poetas[96] y en comprender sus simpatías hacia Moscú[97], sin ignorar —tal como lo subraya Luis de Zulueta— que su obra, en la creciente tensión entre dos concepciones de la patria, había llegado a ser el símbolo de la España nueva[98].

* * *

---

[94] *Ibídem.*

[95] Véase P. Aubert, «La cultura y los intelectuales en la obra y la vida de Antonio Machado», *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español*, Madrid, año X, n.º 16, marzo de 1977, pp. 17-34.

[96] «Se les tachó, no sin razón, de fríos y de artificiales; sus imágenes aparecían a veces, más como cápsulas de conceptos triviales (Gongorismo) que como hallazgo de la intuición». Sin olvidar este reproche inicial Machado añade ahora, sin embargo: «Ninguno de ellos está —me refiero siempre a los jóvenes y a los buenos— ni pretenden estar *au dessus de la mêlée*, todos están dentro de ella, y éste es, a mi juicio su mejor timbre de gloria. Y si la guerra ejerce sobre ellos un influjo estético beneficioso, porque ella les dicta orden, coherencia y disciplina para sus poemas, ellos a su vez, contribuyen a espiritualizar la guerra, a revelar a las masas combatientes, los hondos motivos de la contienda y sus finalidades más altas. La poesía humaniza la guerra en el mejor sentido del vocablo *humanizar*, quiero decir: que da motivos humanos a la lucha entre hombres, descubre las causas ajenas a la pura contiende biológica, que es común a todas las especies. Los hombres que combaten saben muy bien que el bando en que militan los poetas es el que está más cerca... de merecer la victoria. «El influjo de la guerra sobre la poesía joven española. El influjo de la poesía joven en los campos de batalla», *Tegucigalpa*, Honduras, 151, 604, 7.VIII.1938, p. 13, *O.C.* II, p.2272).

[97] «Los jóvenes poetas, los de hoy, que son siempre también los de mañana, miran más a Moscú que hacia París y que por fortuna ninguno de ellos mire ni a la Roma fascista ni al Berlín hitleriano». (*Ibídem*).

[98] De aquella que pretendían negar, a su parecer, los conservadores, y no precisamente para salvar unos valores nacionales, sino en nombre de una ideología importada desde fuera: el

Al final de su vida, reflexionando en plena Guerra Civil sobre el contexto de la Revolución rusa, Machado intuye que el marxismo, cuyos presupuestos y vocabulario rehusaba y que confundía inicialmente con el comunismo vulgar o quería ver fecundado por el tolstoismo social, puede tener en sí cierto valor ético, como ideología de guerra, capaz de conservar precisamente esta fe en la animalidad humana, que en tiempos de lucha es un nuevo humanismo, frente al pragmatismo triunfante y, según dice «en medio de un diluvio de mentiras».

> «¿Comprendéis ahora por qué, en épocas de pragmatismo hipócrita, el cinismo es una reacción necesaria? ¿Comprendéis ahora cómo el marxismo, por muy equivocado que esté, en cuanto pretende señalar una verdad, en medio de un diluvio de mentiras, tiene un valor ético indiscutible?»[99]

pregunta ahora gravemente Juan de Mairena. «En toda catástrofe moral sólo quedan en pie las virtudes cínicas» concluye el poeta entendiendo ahora quizá por qué Unamuno veía en el marxismo una doctrina conservadora.

Machado pasa, por consiguiente, del tolstoismo social a la aceptación de la dictadura del proletariado y luego al reconocimiento de aquella dimensión humanista del marxismo. Desde este punto de vista su trayectoria es atípica puesto que es prácticamente el único intelectual de su generación que apoye abiertamente la República del Frente Popular salida de las urnas de febrero de 1936[100].

Que Machado haya buscado finalmente en el marxismo —lo que pretendía

---

fascismo. («¡Vosotros sois la antipatria! Nuestra España», *El Sol*, 20.VIII.1935). Los escritos de la propaganda franquista de la posguerra nos presentan luego a un Machado ingenuo (Enrique Casamayor, «...Que no es precisamente la posición del comunismo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, marzo-abril 1950, pp. 416-418: «La ingenuidad del alma solitaria de don Antonio, su sencilla vena popular y su absoluto menosprecio de las humanas convenciones ayudarían a explicar ciertas reacciones», p. 416), sénile et mal informé (José M.ª Valverde, «Cuestiones de poesía y política», *Revista de Estudios Políticos*, XIX (35-36), 1947, pp. 150-160: «Por otra parte, es evidente para cualquiera que hubo en Machado un despiste informativo sobre nuestra guerra, nada extraño en persona de su edad y distracción», p. 156), sin lograr explicar lo que Valverde llama la «sovietofilia» de algunos de sus textos para afirmar que la poesía no puede estar al servicio de una ideología política, aunque trata de recuperar la de don Antonio de una manera que hubiera podido ser digna, en nombre del lirismo eterno, si no hubiera precedido la publicación de una obra mutilada (Dionisio Ridruejo, «El poeta rescatado», *Escorial*, noviembre de 1940, pp. 93-100. Este artículo servirá de prólogo a las *Poesías Completas*, 5.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1941, p. I-XXV) y sólo fue parcial y violenta, para denunciar primero la asimilación de ésta por la causa adversa, «la incorporación de la obra poética de nuestro Antonio Machado a la causa comunista», como apunta el secretario de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, Enrique Casamayor, en una respuesta polémica a un artículo de *Les Lettres Françaises* («Franco annexe Antonio Machado... revu et corrigé», *Les Lettres Françaises*, 2.II.1950). El autor de este artículo (no firmado) reprocha a los *Cuadernos Hispanoamericanos* de haber publicado una antología expurgada de las obras de Antonio Machado, cuando se trata de un número crítico al que colaboran Eugenio d'Ors, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Carlos Clavería, Carlo Bo, Julián Marías, Cardenal Iracheta y Ricardo Gullón. Este número consta además de cincuenta páginas de textos entonces inéditos sacados de *Los Complementarios*).

[99] *O.P.P.*, p. 548.

[100] «El 14 de abril de 1937 en Valencia», *O.C.*, II, p. 2186.

haber encontrado en el cristianismo: no razones, sino formas, «formas y hechos de comunión cordial»[101]—, demuestra que en realidad no ha cambiado, se ha contentado con adaptar un nuevo vocabulario a sus concepciones anteriores. Pero se libra entonces de la «retrodialéctica» irónica del anacrónico y póstumo Mairena que le hacía «profetizar el pasado» o preterir lo venidero y encontrar siempre en la recuperación de un pasado frustrado, más allá de la crisis del presente, los cimientos del porvenir.

Aunque cuida siempre, rehusando cualquier oposición de clase, de referirse a la imagen romántica de dos categorías superiores: el pueblo y la República, Machado cree encontrar en el marxismo, frente a la tragedia, a la vez la ontología y la axiología necesarias a la lucha colectiva: «Junto al pueblo ha de estar el intelectual. Y en contra de los enemigos del pueblo». Es en nombre del pueblo, del que defiende Madrid —que une en la misma epopeya con el del 2 de mayo de 1808[102]— que Machado afirma la importancia de la disciplina en tiempos de guerra[103] y que echa de menos su anterior desinterés por la política[104].

Y es entonces cuando el viejo republicano[105] Antonio Machado y Ruiz, rusófilo con el corazón pero visceralmente antimarxista, profesa una sovietofilia razonada[106] o, mejor dicho, se acerca a una Rusia que él se resiste a creer marxista o que supone capaz de superar y —como dice— de «salvar» el marxismo.

Ni su formación ideológica (cierto idealismo «institucionista» matizado por un jacobinismo heredado y un humanismo adquirido) ni el punto de vista adoptado (la expresión de un pensamiento fragmentario o de fragmentos de pensamiento) permitían imaginar tal desenlace en el que la práctica aniquila las ambigüedades teóricas. Aunque no puede hablarse de ruptura más que formal, con el pensamiento anterior. En el fondo el idealismo permanece.

PAUL AUBERT

---

[101] *O.P.P.*, p. 569.

[102] «Madrid, baluarte de nuestra guerra de independencia», *O.P.P.*, p. 674; «El 2 de mayo de 1808», *P.P.O.*, p. 93; *O.C.*, II, p. 2252.

[103] «Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas», *O.P.P.*, p. 690. Machado evoca de nuevo esta cuestión en una declaración titulada «Sobre la disolución de la "Casa de la Cultura"»: «Toda mi vida estuve frente a los gobiernos que, a mi juicio, no lo representaban (el pueblo). Porque pienso que el Gobierno actual lo representa plena y legítimamente en los momentos más trágicos de la vida española, profeso y aconsejo la más estricta disciplina», *Frente Rojo*, 17.VII.1937, p. 8; publicada por Robert Marrast, «Antonio Machado, diez textos», *Puerto*, Universidad de Puerto Rico, octubre-noviembre-diciembre 1967, pp. 82-83; *O.C.*, t. II, p. 2195.

[104] «Yo siento mucho no haber meditado bastante sobre política. Pertenezco a una generación que se llamó a sí misma *apolítica*, que cometió el grave error de no ver sino un aspecto negativo de la política, de ignorar que la política podía ser algún día una actividad esencialísima, de vida o muerte, para nuestra patria», («Glosario de los 13 fines de la guerra», *P.P.O.*, p. 130; *O.C.*, II, p. 2284.

[105] «Mi posición política es hoy la misma de siempre. Yo soy un viejo republicano para quien la voluntad del pueblo es sagrada». («Sobre la disolución de la "Casa de la Cultura"», *Frente Rojo*, 17.VII.1937, art. cit.).

[106] «Una alocución de don Antonio Machado a todos los españoles, *P.P.O.*, p. 137, *O.C.*, II, p. 2291.

# ANTONIO MACHADO E GIACOMO NOVENTA

Nel 1932 Antonio era a Madrid, col fratello e la madre. Scrive Macrì che la tertulia de los Machados si riuniva in diversi caffè, cambiando da uno all'altro «*para evitar charlatanes y pelmas*». Mi chiedo se fra questi ultimi, i seccatori, non ci fosse anche il trentatreenne Giacomo Ca' Zorzi, non ancora Giacomo Noventa, affatto inedito, che - stando a quanto ci dice nelle pagine autobiografiche scritte nel 1941 a Noventa di Piave e indirizzate al Comando del Distretto Militare di Trieste per chiedere la fine della sorveglianza politica cui era sottoposto - sarebbe arrivato a Madrid, dopo una giornata trascorsa a Barcellona. Con un viaggio «in una delle terribili e affascinanti terze classi dei treni spagnoli, incomincio a conoscere il popolo di Spagna». (Come non ricordare «*siempre sobre la madera/de mi vagón de tercera*»?). Arriva «proprio nei giorni di un tentativo rivoluzionario antirepubblicano». «Il generale si è impadronito di Siviglia senza colpo ferire, ma a Madrid il moto fallisce». Il generale è José Sanjurjo y Sacanell. Il tentato colpo di stato è del 10 agosto 1932. Prosegue Noventa: «Estate madrilena. Studio la filosofia e la poesia moderna spagnola. [...] La mia sete di sapere non è mai sazia. Ma il cuore è stanco. [...] Una studentessa tedesca che credo di amare, e che si pentirà poi, inseguendomi e cercandomi in Italia e in Francia, mi preferisce il dizionario di termini marinareschi che sta compilando». La ragazza si chiamava Christel Orloff ed è molto probabile che a lei debba risalire il primo interesse di Noventa per la lingua castigliana[1]. La «imitazione», come Noventa la chiamava, del *Romance del Conde Arnaldo* è databile fra il 1930 e il 1931, composta a Marburg o a Weimar e inviata alla madre con una lettera dove è da rilevare l'ancora stretta osservanza crociana quando parla di capolavoro della «*cosidetta poesia* popolare *spagnola*». Va notato che questa è la prima poesia in veneto che Noventa pubblica, nel primo numero della sua «Riforma Letteraria» (1937). E in quella occasione inventa un eteronimo, Emilio Sarpi, «*nato a Lampòl (Venezia) il 31 marzo 1898, morto a Londra il 19 ottobre 1933*». Quello

[1] Va detto che la vedova del poeta attribuisce al periodo 1927-29 la versione (non in veneziano ma in italiano) di quattro versi di Lope de Vega (a p. 79 di *Versi e poesie* cit.): «*O può fare la natura/Oggi più che ai tempi d'oro,/O molti che nascon savi,/E' perché lo dicon loro.*)».